

XX

Que el sagrado Corazón de Jesús nos ama como su Padre le ama á Él

El mismo día de la institución de la Eucaristía, estando todavía en el Cenáculo, Nuestro Señor dirigió á sus Discípulos una palabra admirable, salida como ardiente llama del fondo de su Corazón: «Os amo: *Ego dilexi vos.*»¹ Parémonos aquí un poco, y meditemos bien esta palabra.

¡Oh cuán dulcemente suena en los labios del soberano Señor del universo, del Dios de la eternidad! ¡Cuán buena y consoladora es para el alma verdaderamente cristiana! «Os amo,» dice Jesús.

Si un gran rey se dignase entrar un día en la choza del último de sus vasallos para decirle: «Te amo, y he venido aquí expresamente para decírtelo,» ¡qué gozo no sentiría aquel pobre hombre!

Si un Angel del cielo ó un Santo, si la misma inmaculada Virgen María, Reina de todos los Santos, se dignase aparecerse de repente á algún pobre pecador, y decirle públicamente en presencia de todos: «Te amo; tuyo es mi corazón!» ¡qué pasmo, qué transportes no experimentaría aquel pecador!

¹ Joan. XIII, 34; XV, 9, 12

Pues bien, ved aquí infinitamente más; ved al Rey de reyes, al Santo de los santos, al soberano Señor del cielo, bajar expresamente acá abajo para decirnos á nosotros, pobres pecadores: «Os amo:» Yo, Criador de todas las cosas; Yo, que gobierno todo el universo; Yo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra; Yo, que hago todo lo que quiero, sin que nadie pueda resistir á mi voluntad; Yo os amo! *Ego dilexi vos.*

¡Qué consuelo, dulce Redentor mío! ¿No hubiera sido ya demasiado decirnos: «Pienso algunas veces en vosotros: fijo mi vista en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros?» Mas no: queréis asegurarnos que nos amais, y que vuestro divino Corazón está lleno de ternura por nosotros; por nosotros, que nada somos; por nosotros, gusanos de la tierra, criaturas ingratas que os hemos crucificado, y que tantas veces hemos merecido el infierno!

Pero ¿cómo nos ama el adorable Corazón del Salvador? Escuchad: *Sicut dilexit me, Pater;*¹ os amo como me ama mi Padre; os amo tan de Corazón, con el mismo amor con que mi Padre me ama á Mí.

¿Y cuál es ese amor con que Dios Padre ama á su Hijo? Es un amor que reúne cuatro grandes cualidades; cualidades que se hallan por consiguiente en el amor que Jesús nos tiene.

¹ Joan. XV.

Es ante todo un amor *infinito*, es decir, sin límites y sin medida; amor incomprensible é inefable; amor tan grande como la esencia misma de Dios. Medid, si podéis, la extensión y grandeza de la divina Esencia, y mediréis la del amor del Padre á su Hijo Jesús; solamente entonces podréis medir la grandeza y extensión del amor que nos tiene Jesús.

En segundo lugar, el amor del Padre á su Hijo es *eterno*. La eternidad es la duración invariable, inmutable; la duración perpétua, sin principio ni fin. ¡Oh Jesús, Verbo eterno! bien merecéis este amor, que compensa del todo las defecciones de vuestras criaturas, ya rebeldes, ya simplemente débiles, tibias, inconstantes.

Pues bien, con ese mismo amor eterno con que Jesús es amado de su Padre, nos cabe la dicha de ser amados de Jesús; porque, es preciso no alvidarlo, en su Encarnación, aunque hombre verdadero, continúa siendo la segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Persona eterna del Unigénito de Dios. Jesucristo, pues, nos ama con amor verdaderamente eterno.

No bastará la eternidad para devolver amor por amor, un amor sin fin por un amor eterno. ¿Y qué hacemos nosotros en el tiempo? ¿Amamos á Jesucristo? ¡Ay! ¡cuán ingratos somos perdiendo este precioso tiempo, semilla de la eternidad, en amar la tierra y sus bagatelas!

En tercer lugar, el amor del Padre celestial á su

Hijo es *universal*, es decir, que llena todos los corazones del cielo y de la tierra. Llena el cielo; pues el Padre ama á Jesús con todos los Ángeles y Bienaventurados. Llena la tierra; porque ama también á Jesucristo en unión de los corazones de todos los fieles. En efecto, ¿qué es en el fondo ese divino amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, sino el amor sustancial y personal, el Espíritu de amor, el Espíritu Santo?

Con este mismo amor me ama mi Salvador. Ese mismo Espíritu es el que á todos se nos ha dado, y el que difunde ese amor en nuestros corazones. Jesús me ama por el corazón y en el corazón de la Santísima Virgen, de San José, de cada uno de sus Ángeles y Santos. ¡Qué inmensidad! Me ama por el corazón y en el corazón de todos los miembros de su Iglesia, comenzando por el Papa, por mi Obispo, por todos los sacerdotes que aman y cuidan de mi alma, por todos mis bienhechores.

Más aún: por un efecto de este admirable y universal amor, prohíbe á todos los hombres, bajo pena de pecado y de condenación, que dañen á mi alma, á mi cuerpo, á mi reputación y á mis bienes; y además de esto les manda que sean verdaderamente hermanos míos, amándome como á ellos mismos. ¿Es posible llevar más lejos la solicitud del amor?

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (Rom. V, 5.)

Así, como dice San Agustín, «el cielo y la tierra, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que debo amar á mi Dios.»¹ ¡Dios amándome en todas partes; y yo, ingrato, ofendiéndole en todas! ¡Ah! no lo permitais ya más, bondadosísimo Salvador, antes bien haced que os ame y bendiga siempre.

Finalmente, el amor que el Padre tiene al Hijo es *esencial* y total, es decir, un amor de todo su sér. Este divino Padre ama á su Hijo Jesús con todo lo que es, siendo todo amor para con Él. El amor que Jesucristo se digna tenernos es igualmente un amor esencial, un amor total, pues nos ama con todo lo que es y con todo lo que tiene. Su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras y acciones; sus privaciones, humillaciones y sufrimientos; su vida y su muerte; sus méritos y su gloria; todo en Él está empleado en amarnos.

Pero, sobre todo, emplea en amarnos su sagrado Corazón, como lo ha declarado á muchos Santos, en particular á Santa Brígida, cuyas revelaciones gozan de gran crédito en la Iglesia, diciéndole que en la cruz aquel Corazón adorable se había abierto bajo la presión del dolor y del amor. «Mi Corazón, le dijo Jesús, estaba sumido en un océano de sufrimientos. Ví á mi Madre y aquellos á quienes yo amaba bajo el

¹ Cœlum et terra, et omnia quæ in eis sunt, non cessant mihi dicere ut amem Deum.

peso de la aflicción: mi corazón se partió bajo la violencia y el esfuerzo del dolor, y entonces fué cuando mi alma se separó de mi cuerpo.»

¡Gran Dios! y por mí se cumplieron estas divinas maravillas; yo indignísimo pecador, soy el objeto de aquel *exceso*¹ de que hablaban Moisés y Elías con Jesús glorificado en el Tabor! ¡Jesús me ama con el mismo amor con que le ama su Padre, amor infinito, eterno, universal, esencial!

¿Cuándo, pues, abriré los ojos para no perder de vista el amor que me tiene mi Salvador? ¿cuándo amaré con todo mi corazón á este buen Jesús, que se digna amarme tanto, y que para estar todavía más seguro de obtener mi corazón, me promete una eternidad bienaventurada, si consiento en devolverle amor por amor? Y como si esto no bastase, me amenaza con el fuego eterno del infierno si rehusa amarle.

¡Oh Jesús! de hoy más quiero amaros como Vos me amais: totalmente, sin restricciones, con todas veras, con *todo* mi corazón. Tened piedad de mi flaqueza, que me hace desfallecer tan á menudo en este querer mío, no obstante ser muy sincero.

Ayudadme Vos, Virgen Santísima, á ser en lo sucesivo constante y enteramente fiel á vuestro divino Hijo.

¹ Moyses et Elias . . . dicebant excessum ejus, quem compecturus erat in Jerusalem. (Luc. IX, 31.)

XXI

Cuánto ha sufrido por nosotros el Corazón adorable
de Jesús en su Pasión

Toda la vida pasible y mortal de nuestro Salvador fué un continuo ejercicio de caridad, de misericordia y de sufrimientos por cada uno de nosotros; pero durante su santa Pasión es cuando nos testificó especialísimamente su amor, sufriendo terribles tormentos en su cuerpo y alma para librarnos de los horribles suplicios del infierno y alcanzarnos la felicidad eterna del cielo. Mira su cuerpo adorable todo cubierto de llagas y bañado en su sangre; su sagrada cabeza atravesada de punzantes espinas; sus piés y manos traspasados por los clavos; su carne divina toda desgarrada en sangrientos girones; su cuerpo pendiente y dislocado en la cruz; todos sus sentidos saciados de horrores y dolores, hasta que al fin la crueldad de los hombres, á fuerza de tormentos, le arranca el alma del cuerpo, y arremetiéndole, aún después de muerto, uno de sus verdugos le hunde una lanza en el costado y le abre el Corazón.

Pero si Jesús sufrió por nuestro amor tantos dolores en su cuerpo, mucho más horribles han sido los dolores de su alma, las llagas invisibles de su sagrado Corazón.

Podían contarse las llagas de su cuerpo; mas ¿quién podrá contar las de su Corazón? ¿Y cuáles son esas llagas misteriosas?

Son en primer lugar las llagas que le han abierto todos los pecados del mundo. Un día mostró Nuestro Señor á Santa Catalina de Génova, bajo una forma sensible y simbólica, la enormidad del menor pecado venial. Asegura la Santa que, aun cuando esta visión no duró más que un momento, cayó inmediatamente en una especie de agonía, y habría muerto en el acto si Dios no la hubiese sostenido sobrenaturalmente. «Aunque estuviese metida en el fuego, dice, y para salir de él me fuese preciso ver otra vez lo que se me ha mostrado en este día, preferiría quedarme en el fuego.» ¿Qué habría, pues, experimentado si la visión hubiese sido del pecado mortal?

Ahora bien, Jesucristo con una luz infinitamente mayor, puesto que era divina, veía desde el fondo de su agonía de lo alto de su cruz, *todos* los pecados, mortales y veniales, cometidos por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular, y estos pecados le causaban un horror igualmente divino, es decir, perfecto y absolutamente incompresible. Cada uno de nuestros pecados ha sido una llaga profunda para el sagrado Corazón de Jesús. Contad, si podéis, todos los que se han cometido y se cometerán ¡ay! en toda la tierra y en todos los tiempos, desde Adány

Eva hasta el Anticristo; y contaréis las llagas del Corazón de Jesús.

En segundo lugar, las llagas de este divino Corazón son todas las que han atormentado los cuerpos de sus Mártires; son todos los sufrimientos y aflicciones de los fieles, que Jesús siente en su bondadosísimo Corazón más que los mismos que las sobrellevan. ¿No sufre el corazón de una madre todo lo que sufre su hijo, más, por decirlo así, que este mismo hijo? Pues bien, lleno por nosotros el Corazón de Jesús de una bondad y ternura verdaderamente infinitas, calculad la amargura y profundidad de los sufrimientos de amor que sobre Él descargaron, sobre todo durante su Pasión.

Jesús ha sufrido, pues, todos mis dolores, ha cargado con todas mis penas, sean cuales fueren, de espíritu, de corazón y de cuerpo: todas eran otras tantas heridas mortales para su sagrado Corazón. ¡Oh! ¿de cuántas he sido yo solo la causa, ya por mis pecados, ya por las mil penas que hayan amargado mi vida! ¡Cuán bueno sois, divino Jesús! ¡y cuán adorable es vuestro Corazón!

Postrado en espíritu ante vuestra cruz, árbol de mi salvación, hago firmemente dos resoluciones que vuestra gracia me ayudará á cumplir: la primera es velar más que nunca sobre mí, para no recaer en el pecado, sin lo cual sería yo del número de aquellos de quienes habláis, oh Salvador mío, por boca de vuestro Profeta: «Añadieron dolores á mis dolores, y he-

ridas á mis heridas.»¹ ¡Oh, que jamás vuelva á caer en tal desgracia!

La segunda resolución es unirme á Vos en todas mis penas, interiores ó exteriores, para santificarlas todas, y sacar consuelo y vida de donde por mi amor sacásteis Vos desconsuelo y muerte.

Misericordiosísimo Corazón de Jesús, os doy gracias y me reconozco, mil veces indigno de vuestras bondades.

XXII

Misericordias del Corazón de Jesús en el sacramento de la Penitencia

El sacramento de la penitencia puede llamarse maravilla del Corazón de Jesús. En este, más que en los otros Sacramentos, abre el Salvador á todos los hombres ese divino Corazón que tanto les ha amado. En este Sacramento brilla de un modo especialísimo la omnipotencia de su misericordia y bondad, todos los días y en toda la tierra, con prodigios de todo género.

La beata Margarita María veía al sagrado Corazón con sus llamas, su cruz y su corona de espinas,

¹ Super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm LXVIII, 27.*)

como en un trono resplandeciente de gloria. ¿No es este trono una hermosa figura del tribunal de la Penitencia, en el que la gloria de Dios no resplandece menos en milagros de misericordia que en el Sacramento del altar en prodigios de amor y santidad? ¿Cuál es, en efecto, en la tierra la gloria por excelencia de Dios sino la conversión de los pobres pecadores, la resurrección y la salvación de las almas?

Desde lo alto de este trono de compasión y de paciencia divinas, de inefables misericordias y de perdón inextinguible, el Corazón de Jesús, vivo y palpitante en el corazón de sus sacerdotes, arde de amor por los pobres pecadores y devora ávidamente sus pecados en sus divinas llamas. De allí irradia la esperanza; allí derrama á torrentes la sangre de la redención.

La sangre de Jesús, la sangre del Corazón de Jesús, es como el alma de este gran Sacramento. Este es un compuesto de celestial santidad que purifica, de ternura que alivia y consuela, de compasión que conmueve y ablanda los corazones, de ardores sagrados que abrasan, y en fin, y sobre todo, de amorosa caridad. Esto es la Confesión, esa Confesión que tanto espanta á los que no tienen la dicha de «creer en el amor que nos tiene Dios.»¹

¹ Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis. (I, Joan. IV, 16.)

Un día, después de confesarse, escribía Santa Catalina de Sena estas palabras llenas de profundidad: «He ido á la Sangre de Cristo: *Ivi ad sanguinem Christi.*» Ir á la Sangre de Jesús ¿no es ir á su Corazón, es decir, á la fuente y al foco de su amor? ¡Y hay hombres, hay cristianos que temen acercarse á este Sacramento! ¡Oh Sangre divina, Sangre de amor y de infinita misericordia! á tí vengo, precisamente porque soy pecador. Por mí fluyes; á mí me aguardas, como el padre del hijo pródigo aguardaba á su pobre hijo, ¡Sí, iré á tí, oh Sangre purificadora y santificante! ¡iré á tí con corazón contrito y humillado, pero lleno de confianza! ¡Qué gozo poseer este rico tesoro de la Confesión! ¡Y con cuánta verdad es la Esposa de Jesucristo esta misericordiosa Iglesia católica, que posee el trono de la misericordia del Corazón de Jesús!

Bien podemos decir sin reparo que el sacramento de la Penitencia es el triunfo del sagrado Corazón de Jesús. En él aparece mucho más misericordioso todavía que en el sacramento del Bautismo; pues en éste (al menos en el Bautismo de los niños,) la gracia del perdón no borra más que una mancha de la cual el pecador no es personalmente responsable; mientras en el de la Penitencia esta misma gracia se dilata, se extiende todavía más, y no conoce otros límites que los que le impone la mala voluntad de esos infelices sin juicio llamados pecadores impenitentes. Es de fe que en la Confesión el sacerdote puede

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaídas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abraza, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra, al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemos en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-